

LA REBELION

PERIODICO SOCIALISTA-ANÁRQUICO

EDICIÓN EXTRAORDINARIA

¡ El amor libre en Montevideo !

Interview con Roberto de las Carreras

Con motivo del Waterloo amoroso de Roberto de las Carreras, que convulsiona nuestro país, hemos tenido el gusto de entrevistarnos con el anarquista en sus elegantes habitaciones del Hotel Central.

El parisien se nos presentó con un chaleco rojo como un incendio, *demier cri* del boulevard. Roberto de las Carreras, y esto es tan público como la traición de su querida, es un refinado, nacido en la tierra de Zapicán por un capricho de la fortuna. *Naturaleza.*

—Los ingenuos uruguayos (nos dijo con su fina sonrisa) me consideran un marido burgués, engañado, un Bevary, y me fusilan á sonrisas por la espalda. (Con aire compasivo) Se encuentran en un grosero error: Yo no soy un marido. Si bien es cierto que he pasado por la comedia de la unión burguesa, y que arrojé una firma al Registro Civil, como se arrojan papeles á un canasto, creí haber destacado suficientemente, por medio de una carta, que publiqué en un periódico anarquista, mi verdadera situación amorosa.

En primer lugar, el objeto de aquella formalidad, fué simplemente, como lo dije entonces, impedir que el Juez de Menores, usando de un derecho atávico, recluyera á mi querida, en un convento, por el solo delito de haber amado... Usé de la burguesía contra la burguesía, y aseguré la libertad de una mujer que yo había arrancado al prejuicio.

Fué un acto de política y de lealtad. Estas razones se vieron claras en mi comunicación al público. Proclamé mi fé anárquica. Dije que el matrimonio es un valor nominal como el papel moneda; que ese valor no consiste más que en el hecho de reconocerlo y por lo tanto me consideraba yo tan casado como si me hubiera unido en matrimonio por los ritos de alguna de esas tribus salvajes para los cuales el casamiento consiste en que los novios, en un instante dado, dejan caer un cántaro que se estrella contra el suelo.

Escarnecí el matrimonio, pateándolo con mi artículo de *El Trabajo*, mientras me dirigía al Juzgado; habiendo, por otra parte, lucido en los pasos, ante las reti-

nes atónitas de nuestros burgueses, un hijo hecho sin el permiso del Juez.

Mi casamiento, si así puede llamarsele, fué toda una alevosía de mofa, resonante carcajada contra el pedantezco catafalco de las instituciones burguesas. ¡Todavía me río!

Roberto de las Carreras hizo una pausa en que hubo risa y al mismo tiempo como una penumbra...

—La sociedad montevideana; continuó; que no brilla por su inteligencia (sonrió indulgentemente) comprendió la actitud, al punto de que no sólo no se nos recibió en los salones, á mi querida y á mi—pretenderlo hubiera sido hiperbólico,—sino que en la calle nuestras matronas, depositarias del fuego sagrado de la moral burguesa, pretendían quitarnos la derecha por un prurito de viudita.

Ahora bien, después de todo esto ¿cómo es posible considerarme marido! Es una imposición gratuita de los burgueses.

—¿Y cómo amante no se considera usted humillado?

—*Jamais de la vie!*—He conservado durante cuatro años una mujer nerviosamente apasionada, un filtro mágico de corrosiva lujuria, una cantárida humana, una berbericeza de mis sueños de harem; exotismo viviente, en este país en que las mujeres son pacíficas y se destacan por un aire de nóstico, por una expresión desesperante de monótona tontería. Ella parece más bien una hija abrasada de los fúlgidos arenales, con sangre de pantera, convulsionadas los sentidos por la lava del Simoun!

Conservar una mujer encendida durante cuatro años es un prodigio que no puede comprenderse entre nosotros.

Cierto, no han de enorgullecerse de él, los inocentes maridos para los cuales la luna de miel dura apenas lo que una luna: cuatro semanas; que confunden cuando no son cornudos (y los cornudos abundan mucho en Montevideo; los hay hasta en los Directorios de los partidos)—la fidelidad que sus mujeres guardan á la opinión pública ó al deber, con una fidelidad de amor por su zafia, palurda y caricaturezca persona!

Los burgueses están extraviados. El Amor no es la virtud. El Amor muere joven. Es una fatalidad de la Naturaleza. El ideal de Amor debe ser integrado con un sin número de mujeres. Querer obtenerlo de una mujer única es como pretender crear una ópera con una sola nota del pentágrama ó escribir un libro con una sola letra del alfabeto. Dicen los griegos, esos maestros reconocidos en belleza, en filosofía, en arte, y en amor, que pretender ser amado exclusivamente es una locura de mortales. Sería curioso que el Amor, cuyas alas frágiles se han escurrido entre los dedos de los semidiosos: de Cátulo, de Musset de Horacio de Lord Byron, se encontrara prisionero en los hogares montevideanos junto á la cocina y al retrete!

—¿Pueda saberse por qué razón vivía usted en Buenos Aires separado de su amante?

Roberto sonrió.

—Mi querida estaba á punto de sucumbir quemada en mis brazos! Puse todo lo helado del Río de la Plata entre sus ardores y yo...

El parisien se abandonó en un diván y cruzó la pierna en la que se marcaba el músculo vigoroso del esgrimista.

—No tenía noticias de la alevosía.— Los uruguayos, esos espías, cuidadores de las mujeres ajenas, se han vengado de mi desprecio por su policía desinteresada de investigaciones, no informándome sobre lo que sucedía... Comprendí por un rayo de sagacidad psicológica; como un astrólogo en las estrellas leí en los ojos tenebrosos de la Afrosdisiaca el horóscopo funesto de su traidora sensualidad. Virtud de ocultista... Si la poseyeran los uruguayos leerían en el rostro de sus mujeres iguales revelaciones!

—¿Sabría usted designarnos cuales son los maridos uruguayos mordidos por el insaciable Minotauro?

Roberto dejó caer de sus labios, desdeñosamente:—Todos!...

—¿Cree usted que debe atribuirse al Amor el abandono de su querida?

—Lo dudo.

—¿El nuevo dueño es superior a usted como hombre?

Roberto sonrió con la satisfacción que proporciona la seguridad de sí mismo.

—Según ella ha confesado con admirable desenvoltura a uno de mis amigos que la interrogó audazmente; su nuevo amante: es regular, no es gran cosa!

En cuanto a mí, recuerdo que después de los transportes, de vuelta de su carrera anhelante por los Campos Eliseos de la sensación, la Voluptuosa, me felicitaba en cinco idiomas distintos: Muy bien! Tres bien! Molto bene! All Right! Sehr: zut!

—Hay de que estar satisfecho como amante; subrayó Roberto. Después, acaso el pimientito rojo del cambio, la mostaza caudante de la intriga, el condimento victorioso de lo prohibido....

—Flor de charco parisien! exclamamos. Roberto continuó con un tono dogmático:

—Mi error fué no hacerla casar. Renuncié torpemente a ser el fruto vedado que no sacia nunca. Fui marido para ella. Me arranqué la aureola!

Una pausa.

—Me es imposible sentir celos de ese parainfo a quien no considero mi rival.

Al hallarlo infraganti con mi Favorita cediendo a un arranque heredero de mis abuelos de las cavernas, y del cual me arrepiento, le di una bofetada... El parainfo muy conecido por su condescendencia de invertido sexual entre los muchachos alegres, se escurrió aterrorizado entre las sábanas; se hizo un ovillo y me dijo con una voz atiplada, en un tono elegíaco: No me pegue que soy un hombre enfermo!

Declara la Favorita, que indignada por la cobardía de su amante de ocasión, lo echó a patadas a la calle!

¿Sienta usted odio, por la mujer que lo ha engañado con ensañamiento?

Como elegante no puedo perdonarle que se haya acostado con un uruguayo, con un aspirante a marido; como Sultán mi soberanía se resiente y se encorpa ante la imagen de una esclava del harem que se abandona a un siervo en las cuádras; pero como anarquista admiro a la rebelada, que con un valor de impulsiva hace saltar las cadenas de su sexo y sueña, volviendo femenino el ideal de Nietzsche con ser una carnívora voluptuosa errando libremente! Es mi discípula!

Su tracción es mi obra. ¡Ya la he liberado! Ya he ejercido sobre ella una doble fascinación. Incororé a su sangre las máximas anárquicas y aduqué sus sentidos en las exquisitas sibilíticas del refinamiento: flor cultivada en el invernáculo de mi lujuria... En sus células grises germinó mi pensamiento. Escriba con mi pluma. He aquí la carta que me dirije con motivo de nuestro pirueta anarquico y que prueba hasta la evidencia mi papel de magnetizador.

Conciudadano:

«Si te quieres arrastrar conmigo, lo puedes hacer anárquicamente quedando cada uno en libertad de hacer lo que le plazca. Si no me es indiferente. Aunque sola y muy pobre seré honrada. Aunque sé que valgo mucho jamás abusaré de mi sexo, ni pondré negocio con mi sensualidad. Si así lo hiciera tendría mucho dinero, pues hay muchos que me lo darían. Pero tengo un hi-

o y soy honrada. Espero de tu mucho talento que procedas con anarquismo y arreglarnos. Procedo como un amante. No procedas como un marido burgués. Sé siempre discípulo de Kropotkin. Conservate siempre igual. No retrocedas en la mitad del Evangelio!

Yo soy y seré siempre anarquista. Así espero tu decisión. A Raul no le verás jamás a no ser con la madre. De otro modo, te lo juro, no lo verás.—Berta.

—¿Cree usted, llegar a reconciliarse con su amante alguna vez?

No creo posible desprenderme por completo en el etatismo sentimental... concluyó Roberto con su sonrisa.

Nos despedimos de él, felicitándole por su gloriosa actitud, por su buen gusto, por su fortuna, por su revancha sobre el Antropoide, por la originalidad que el Destino imprime a todos los sucesos de su vida pintoresca; y nos retiramos con la profunda convicción de que si en este drama hay un marido, es indudablemente el efébo tamboloroso, escondido del susto entre las sábanas; larva de hombre, insulto a la virilidad, vergüenza del sexo, deshonra de los amantes, arrojado ignominiosamente a la calle, como inservible, por la querida nauseada!

“Gérmenes”

Novela de Enrique Crosa

A un pensador que sabe ser independiente; dice la dedicatoria con que me obsequia, la amañada del novelista, al enviarme su libro. Y es con esa reconocida independencia de las almas libres, que voy a hablar, a exponer la sinceridad de mis impresiones al leer *Gérmenes*. No cortan los vales de mis inspiraciones el fanatismo del sectario, ni tampoco me he atado a los pies la ambición como una bala de plomo que me impida marchar libremente, ni llevo el uniforme degradante de ninguna bandera. Sé bien que se paga caro en este ambiente, esa placer de sentirse fuerte para arrostrar la verdad; que por mostraria hermosa, radiante, como si fuera en la frente un foco de extrañas electricidades, desnuda, en el esplendor de sus formas, como otra Afrodita divina, no me he sentado al luguliano banquete de los poderosos de la tierra; he preferido a tener una caja de hierro con muchos millones de libras esterlinas y un cerebro fofa de cotizador de 50 por 100, he preferido, poseer un cerebro de pensador independiente con millones de ideas hermosas y por toda riqueza, una mata de rosas blancas con que perfumar mis intervalos intelectuales, allá en horas dulcissimas en que la Adorable descubre su rostro circunscrito de entre las ondas oscuras de sus cabellos surgiendo más radiosa de aquel eclipse instantáneo de su belleza madurada al ardiente sol de sus pasiones estivas.

Justador severo, de la verdad, he hecho restallar el látigo de mi estilo en muchos oídos acostumbrados a la melosa canción que besa y adula en sus giros serviles; por eso, he alejado de mí a algunos seres

opacos que se creían indispensables para que marchara el mundo; y que al notar que a pesar de su desdenosa indiferencia, las estrellas seguían su curso hacia destinos superiores y al ver que, a pesar de su desprecio, las ideas hermosas marchaban en hombros de las muchedumbres libertadas, ellos, los seres opacos, se detentaban en mitad de sus digestiones pesadas y nos mostraban el escorzo de sus puños groseros de pugiles acaparadores de oro infame!

Y la verdad en la hora presente, es, que a medida que iba leyendo *Gérmenes* después de las brillantes descripciones de las primeras páginas, cuando me enteraba de que Antonia la modista ambiciosa, se entregaba a Pablo allá en las penumbras dulcemente cómplices de Bella Vista, entre un silbido y otro de las locomotoras del tráfico, como si el ritmo de aquel placer furtivo fuera marcado por el vaivén de los émbolos en las aceradas roscas de las máquinas fabricitantes—entonces, levantaba mis ojos de la página y pensando en la obrera de costuras, eterna calumniada en nuestro ambiente, como si tuviera al autor delante,—al autor con su rostro de líneas simpáticas y sus óculos vivos—protestaba.—No hay que perpetuar el estulto perjuicio: la honrada mujer que trabaja doce horas encorbada sobre telas lujosas que vestirán las carnes perfumadas, lustrosas, y pecadoras de las muñecas a la última moda; la altiva mujer que lleva sus dedos hermosos acrobilados por los pinchazos de la aguja, no merece esa pintada cruda de un realismo Zoliano; en cambio, aquella novia aristocrática, hija de cierto Diputado y de una mujer todavía joven que se llama ponerse una careta de belleza, paseada triunfante por los salones brillantemente iluminados en el baile de una Legación, esa novia que se casa, con todo fausto y ruido, después de haberse entregado a juegos peligrosos con el novio, es allí, en la boda antañona de aquellos dos muchachos demostados licenciosos, donde se requiera la paleta del escritor cargada del colorido de la Verdad; cuatro brochazos crudos, vivos, sanguinolentos, sobre el traje de blanco raso de aquella novia que no tiene en su cuerpo ni una pulgada de carne pura, para que pueda besarla la mañana el día solemne de su boda!

Pero, a medida que leía, que me sentía poseído por una dulce voluptuosidad intelectual jamás superada por las satisfacciones fisiológicas inevitables; a medida que las escenas se desenvolvían, bien pintadas, como el tráfico rumoroso del Correo y las cuatro observaciones de fina psicología sobre el destino de las cartas cuando vi que Antonia, con los quinientos pesos extraídos a Balastro, el segundo amante, va a buscar a Pablo para casarse con él; y cuando vi que este no le hace ascos al dinero, a pesar de conocer su turbia procedencia, y observé que aquellos dos seres con innobles ansias dominadoras iguales, como tallados en el mismo fango; cuando llegué al final de *Gérmenes* y comprendí que en el negocio que establecen ambos está la base de su fortuna galopante, el germen de la futura burguesía que se arrastra en coche y ostenta la insolencia de sus

brillantes de primera; y cuando repetí la lectura de las páginas magistrales que reanuncian toda la obra, y dan vigor inusitado a la tesis del libro, entonces, comprendí a *Gérmenes*, penetré hasta el triptano del pensamiento del escritor y sentí que entre las manos tenía una verdadera obra luminosa.

El apego al oro está por destruir el amor a lo bello; ha dicho el ilustrado neuropatólogo oriental José Ingenieros. Y como Antonia, y como Pablo; ¡cuántos seres que se ayuntan para explotar un negocio para continuar acuñando monedas con todas las bajas falsificaciones a que se presta el ambiente, desde las adulteraciones del alcohol, hasta los fraudes políticos; hasta los doblegamientos del carácter porque para medrar es necesario tener una lengua que frente! ¡Cuántos como esos dos que esperan ocultos en las sombras de sus insignificancias para asaltar a la fortuna con el puñal de sus audacias como piratas de alto de bordo! ¡Cuántos *Gérmenes*, semillas fecundas de ambición y latrocinio disfrazado en el terreno productivo de nuestra burocracia famélica!

Gérmenes de la aristocracia del cuero, de la aristocracia del jabón, que mañana, mirará al lecho poluto de su placer brutal con la cadena de oro que ostenta en su vientre insolentemente antiestético, a las pudibundas niñas que desde criaturas están preparadas, con el traje, con el gesto, para vender los hechizos de su cuerpo y ahogar los sueños floridos de sus veinte años; trata de blancas que no disimulan ni el contrato civil ni la rubrica de los cuartos testigos oficiosos....

Gérmenes de advenedizos que a fuerza de intrigas ocultas, suben, reptiles nauseabundos hasta los puestos públicos, mejor rentados; parásitos sociales que con burdas sesifmas hacen legales las escondidas mañas de que se han valido para sobre-dorar sus miserias! Y toda la turba de logreros, de caudillos, de aventureros de bombacha y de aventureros de levita, que, como dice Dante, serían capaces de vender hasta los huesos de sus abuelos magros!

Después de leer las últimas páginas de *Gérmenes* desfilan ante nuestro sensorio, todos los pecadores de rico revuelto social, político, religioso; por eso, dolerá a muchos la aparición de este libro luchador y valiente; hará que se levanten muchos labios como en una marea de desprecio, pero en realidad, será para mostrarle al autor los dientes de bestia acorralada por el látigo de aquel castigo vibrador e incisivo.

Crosa ha producido con *Gérmenes* obra de gran fuerza, ha creado su obra con vigorosa vida, con placer de artista, con la alegría viril del que se sabe creador potente. Si, obra de varón fecundo: el título más elevado en una vida hermosa dada por bellísimas ideas. Santa, divina, fecundidad del intelectual filósofo que no se deja seducir jamás por el canto de las sirenas auríferas, ni se doblega, ante las rachas de las tempestades sociales que alban sobre su cabeza, ni cierra los ojos ante la luz sanguinolenta del rayo que vibran los Júpiteres ventisquerosos; Dioses grotescos que hasta hoy a plena boca nos costaban al mundo tantas lágrimas y tanto tacto.

Constatación de ciertos milagros a

qué escuela pertenece la nueva obra; yo sé que es un triunfo para el autor y también para todos aquellos que llevamos en la mente encendida, una antorcha de grandiosos ideales. Y yo pregonó ese triunfo literario, exaltando yo nuestro a todos, alborozado, esa victoria del libre pensamiento en nuestro ambiente. La columna de los audaciosos, de los fuertes, aumenta: pronto, cuando se produzca el proletariado intelectual que están incubando centenares de estudiantes de profesiones liberales, entonces, seremos legión inconstable: quien podrá arrestar a las dos colosales fuerzas unidas, la del músculo y la del pensamiento?

El triunfo se acerca; lo anuncia esa paloma luminosa del libro nuevo. Las alas blancas de la Victoria del Ideal cruzan el cielo de la América latina: sueñan las fanfarrias triunfadoras de una aurora que será día espléndido mañana.

Francisco C. Arata.

LA TRATA DE BLANCAS

Nos ha impresionado realmente un brillante artículo de la distinguida escritora Arvede Barine en *Le Figaro* de París que trata la cuestión interesante del comercio de esclavas ejercido en Europa y América con toda impunidad, con todo descaro.

Es bien sabido que todos los años desaparecen de sus familias millares de muchachas honestas, cual si se las tragase un abismo; sus padres y parientes jamás vuelven a saber de ellas. Las pobres criaturas cayeron en las garras de poderosas asociaciones, bien conocidas de la policía, mas ante las cuales los tribunales hallanse desarmados por la insuficiencia de las leyes de represión. No tardará, felizmente, en reunirse en París una conferencia internacional contra ese vil comercio, una de las más asquerosas llagas de nuestra pretendida civilización.

Arvede Barine refiere en el modo como funcionan las grandes casas de exportación cuya especialidad consiste en expedir muchachas para los diferentes puntos del globo donde escasea dicha mercadería.—Las principales tienen su asiento en Buenos Aires, en Nueva York y en Rio de Janeiro. Hallanse organizadas como cualquier otra empresa comercial. Las dos principales de Nueva York tienen cada una un presidente, un vice-presidente, un secretario, y un consejo de administración. Para el caso de dificultades con la justicia poseen igualmente un consejo judicial y uno ó varios abogados. Todos han adoptado el mismo código telegráfico, solo de ellas conocido. Sus directores son siempre sujetos bien vestidos que frecuentan los mejores teatros. Veamos a uno de ellos en campaña. Oficialmente es joyero. Sus viajes de negocios obligante a ir frecuentemente a Europa, ya bajo un nombre, ya bajo otro. Antes de partir, escribió a sus agentes, que operan principalmente en Rusia, en Rumania, y en todas las antiguas provincias polacas. Los agentes recorrerán el país y organizarán la lista de las muchachas bonitas y pobres que les parecerán dispuestas a expatriarse

para ganar mejor salario. Una de ellas consentiría en partir para ser niñera ó camarera; otra, costurera hábil, nada de extraordinario hallaría en que la contratasen para ir a trabajar en casa de cualquier modista de un país distante.

Sonrió a algunas las separanzas de hallar marido en aquellas tierras de allende el Atlántico, donde según oyeron decir, son escasas y muy solicitadas las mujeres.—Nuestro hombre recibe la lista y procede él en persona a escoger su cargamento.

Hay muchos medios para hacer caer a las victimas. Uno de ellos consiste en publicar en los periódicos del país un aviso pidiendo una joven para el servicio de una familia extranjera, muy respetable seguramente, y que ofrece óptimo sueldo. Otras veces los agentes introducen en la casa bajo un pretexto casiguera y encarecen las ventajas de la propuesta. Es necesario no tener la más mínima idea de la miseria é ignorancia de ciertas poblaciones del oriente de Europa para hallar extraordinario que esos miserables reclutadores consigan organizar sus levas. En Prusia, donde su comercio es también muy floreciente, véase obligados a precauciones mayores. Uno de ellos que llegó a Hamburgo en Mayo de 1904 procedente de Estados Unidos, instaló en casa de una pequeña industrial, hizo la corte a su hija y pidióle en matrimonio. Llamado precipitadamente a América—asi lo pretendió por lo menos—consiguió, tal confianza supo inspirar, que su novia marchara con él, llevándole su dote y su ajuar.

Al desembarcar el miserable, después de robarle cuanto tenía, hizo con ella lo que no es necesario decir. A partir de aquel momento, la desdichada era un objeto de comercio.

Organizada la leva, parte en pequeños grupos, bajo la dirección de un agente de confianza que los dirige hacia puertos de embarque donde sea imposible a las pobres engañadas explicarse, por ignorar el idioma local. Esperadas allí otros agentes que se instalan en el buque que debe transportarlas a su destino. No hace mucho que la policía de Londres impidió el embarque de dos niñas hindúes que creían partir para Sud África donde se les había prometido decente colocación, y que en realidad el agente esperaba a Buenos Aires desde otros agentes las esperaba.

Por lo general, es bajo un nombre supuesto y con pasaportes falsos que hacen viajar a las victimas. Algunas de ellas, a quienes esto parece sospechoso, rehúsanse a partir. Pero cuando son muy inexpertas ó ignorantes, nada comprenden, y la esperanza de una buena colocación que les permite mandar algo dinero a su país, no las deja concebir sospechas.

Hélas embarcadas. Hélas desembarcadas en un país desconocido, del que ni siquiera saben el nombre. La persona que esperaba, anticipadamente, rehúsanse que el empleo prometido está terminado. La familia no puede esperar más tiempo. Pero se tendrá cuidado de las niñas llegadas, se les procurará otra casa.

Llévanlas entonces para el depósito del reclutador.

En Buenos Aires, dice Arvede Barine,

las casas que sirven para este fin tienen escondrijos para los días en que la policía muéstrase demasiado indiscreta. Una vez que allí entró, la muchacha está perdida. A fin de que no pueda evadirse, vigílesele estrictamente. Una de ellas que, sin embargo, consiguió escaparse, vióse obligada á huir descalza y en camisa.

Todas las noches le retiran la ropa, precisamente para hacerle imposible la evasión. Atérranla con amenazas, y los pasaportes falsos sirven para eso.

Contó otra fugitiva que la amenazaban de ponerla en una casa de corrección para toda la vida si persistía en no someterse. Cuando el moral está exhausto de fuerzas para resistir más, diríjese la desgraciada al abismo; y cuando el depósito está vacío, márchase el patrón á organizar una nueva hornada de carne fresca.

Ah! pero, si penetramos un poco en algunas historias sociales secretas y á veces públicas de nuestro ambiente vemos que la trata de blancas no solo se hace en la forma grosera que anatematizamos junto con Arvede Barine. Hay padres despóticos, hay hermanos venales, interesados en que sus hijas ó hermanas se casen con tal ó cual individuo de dinero ó posición social; y las engañan, las aterran con amenazas, las encierran, hasta que las infelices cansadas de sufrir, muertas, moralmente, deben doblegarse al interés del padre ó del hermano, bastante venal para vender, bajo la forma legal del matrimonio á aquella pobre mujer, carne de placer vendida al más alto precio.

No es el lupanar tan solo donde se vende la esclava del dinero, es también en la casa de familia el amparo de la luz! ¡Cuántas desdichadas secuestradas hay que víctimas de la venalidad de padres ó hermanos viven con el marido (esa es la forma legal) ó patron (esa es la realidad espantosa) encerradas, sin ver la calle, por temer que la esclava se rebela y proteste, con su fuga de aquella cárcel desimulada que muchos, por irónica figura, llaman: hogar de familia!

La trata de blancas es un comercio mucho más estendido de lo que muchos creen; y alguna vez tendremos ocasión de narrar á los lectores de LA REBELIÓN la historia emocionante de una de estas infelices secuestradas por la avidez de posición social de los parientes; historia de infamias cometidas contra la libertad moral y física de una conocida señora; historia de infamias que ha de clamar por el castigo para el criminal, que aprovechando ciertos derechos aparentes que le dá este ambiente social está cometiendo uno de esos atentados impunes que reclaman á gritos la execración de todo un pueblo!

Irma Lauri.

LA PROPIEDAD

La propiedad no es sagrada; la propiedad es la usurpación; es el robo hipócrita y canallesco, con todos los ensañamientos, ruindades y alevosías en su más alto grado.

Dicho así, será muy brusco, pero muy verdadero.

La propiedad engendra los odios, los crímenes; por ella hay esclavos y prostitutas; por ella aborrecen los padres á los hijos y viceversa; por ella se arrastra me-

dia humanidad, escuálida y andrajosa, en busca de un mandrago. Es lo más estúpido, lo más inhumano, lo más antinatural; es la fuente de donde manan todas las miserias y trastornos. Ella hace que la tierra, que sería un paraíso (bastante mejor que el contemplativo y tonto de la Biblia), sea un infierno, convirtiendo al hombre en un ser más desgraciado que un irracional, pues llegará á aborrecer su existencia y á maldecirla.

Todos los productos de la tierra son comunes, como el sol y el aire; pues no es de creer que la naturaleza haya sufrido sus revoluciones, sus trastornos y cataclismos hasta ser lo que hoy es, sólo para beneficiar á una clase determinada.

Todo lo que nos es agradable, todo lo que nos emancipa del bruto, todo lo que hace que el hombre sea un intelectual, en vez de una bestia de carga; todos los instrumentos de trabajo, todas las máquinas, desde la primera hacha de sílex, hasta la última máquina perfeccionada, son obra de innumerables generaciones, de sufrimientos sin cuento de infinidad de trabajadores.

Ningún artista, ningún industrial, ningún inventor, han podido realizar sus obras, ni menos mejorarlas, sin el auxilio de herramientas y conocimientos de sus antecesores, ni sin la ayuda de sus contemporáneos. Nadie, pues, tiene derecho á decir «Esto es mío»...

Vivimos de anomalías.

Se persigue al ladrón, se le llena de oprobio, se le manda á presidio. Sin embargo, ¿qué fueron los primeros propietarios, sino unos bandidos? ¿De qué se origina la propiedad, sino de los hechos de aquellos foragidos?

Se hicieron fuertes por la fuerza, se organizaron y escribieron leyes para hacer sagradas sus rapiñas y hasta les dieron un carácter divino (1) para mejor asegurar sus propiedades.

Ya fuertes y subyugadas las masas ignorantes por la fuerza, las leyes y la superstición, convirtieron al que nada poseía, por ser menos malo, ó menos osado, en bestia de carga y en instrumento de trabajo; y así, el señor feudal, el amo, el capitalista, han ido poco á poco apoderándose de todo, escribiendo leyes al mismo tiempo, hasta el punto de prohibir pasar por determinados sitios, y monopolizando hasta el sol y el aire, haciendo vivir al pobre en habitaciones raquíticas y falta de higiene, como si la tierra se hubiera enfriado sólo para ellos, ó como si hubieran sido mandados de otro planeta por una divinidad, para mandar á los hombres de la tierra.

Y esos poderes así constituidos que deben su nobleza á las violencias suyas y de sus antepasados, persiguen á los bandidos; ¿por qué? Porque ellos cuentan con una partida más numerosa, más disciplinada, que puede ejercer sus actos vandálicos impunemente; pues mientras se ahorca á los pequeños bandidos, se condecora á los bandidos grandes, sin dársele porque ejercen la industria al por mayor y con música.

No hay más razón; pues mientras haya bandidos en grande, cualquiera, cuando quiera, puede ser bandido en pequeño. Igual derecho asiste á unos y otros, y aún habra mucha lógica en favor de los últimos.

La fuerza es una brutalidad, no una razón; ni es lógico que se ahorque al que roba y mata por uno y se condecora y haya que desayunarse ante el que roba y mata por mil.

Pero dejemos eso. Supongamos que la propiedad individual deba de existir.

¿Quién tiene derecho á ser propietario? Vosotros, sin duda, banqueros ministros, poderosos. Vosotros, que es habéis expuesto á estrellaros desde el andamio para construir vuestros palacios; vosotros, que

os habéis introducido en las entrañas de la tierra para sacar las alhajas con que os adornáis; vosotros, que arrostráis las tempestades del Océano; que os tuesta el sol y os hiela la nieve cavando la tierra; vosotros, que habéis construido caminos é inventado los medios de locomoción y pasáis las noches en vela para ser útiles en algo á vuestros semejantes.

Haced bien en conservar lo vuestro. Los demás, que mueran á la puerta de vuestros palacios ateridos de frío, porque no construyen; que mueran de hambre ó se sostengan anémicos, gracias á vuestros filántropos sentimientos, porque no cultivan; que no viajen, porque no construyen ni inventan; y si protestan por el dolor que les produce el hambre en sus estómagos, dad cargas de caballería, restableced el orden, haced entrar en razón á esos bellacos, que quieren participar de lo vuestro, que tanto esfuerzo os ha costado el poseerlo.

¿Qué sería la humanidad sin vosotros, sin vuestras sabias leyes, tan bien dispuestas para refrenar las malas pasiones, para extirpar los vicios, los malos instintos! Horror da el pensarlo. Se despedazarían los hombres como fieras...

¡Farsantes!

No debierais comer y os erigís en amos. Sois inútiles para todo lo que no sea comodidades y vicios. Con esto último llegáis al refinamiento, os revolcáis, os cubris de lodo. ¡Y tenéis la pretensión de regir á los demás hombres!

Compráis un brazalete para vuestra querida ó un collar para vuestro perro, á cambio de la desesperación y el hambre de centenares de familias, y os apartáis con asco del haraposos, para que no ensucie vuestros trajes, y... ¡qué aberración! Esos haraposos, á quien vosotros habéis reducido á la miseria, se arrastran á vuestros pies, por una sonrisa vuestra... Casi estoy para decir que hacéis bien en tratarlos á puntapiés. ¡Por idiotas!

Si, porque esos mendigos, esos haraposos, la plebe, el populacho, como vosotros llamáis á los que despojáis, no tienen más que cruzarse de brazos para anonadaros, ¡imbéciles orgullosos!

Vosotros, tan estirados, tan perfumados, tan polichinelas, con vuestro traje último figurín, tan despotas y altaneros, cuando tenéis todo, como cobardes, cuando no poseéis nada, os suicidaríais antes que sufrir las penalidades del trabajador.

Entonces si que sabrías el derecho que tiene á las comodidades y á la vida el que va vestido de remiandos!

FRANCISCO PÉREZ.

"La Rebelión"

En el próximo número verán nuestros lectores la reforma llevada á cabo por el grupo redactor de este periódico.

También notarán nuestros compañeros un pequeño cambio en el presente número, debido á que, ten años mucha premura en publicar la interesante INTERVIEW hecha á Roberto de las Carreras.

Pedimos que siendo el formato del próximo número más grande y mejor impreso, cuadyunen de un modo eficaz para su sostenimiento, que significará de un modo ó de otro, un nuevo adelanto para la propaganda en Montevideo.

A la obra, pues. Nosotros haremos todo el esfuerzo posible para poder siquiera ponernos á la altura de la reforma proyectada.

N. de la E.

(1) Del uso de poner límites nació el Dios Término, protector de la propiedad. (Cienzo y Reigón).